

PUEBLECITO



ARMANDO MOOCK

# PUEBLECITO



© Pehuén Editores, 1989  
María Luisa Santander 537, Santiago  
ephuen@entelchile.net

Inscripción N° 69.761  
ISBN 956-16-0171-0

Segunda edición, marzo de 1992  
Tercera edición, mayo de 2004

Diseño y Diagramación  
Pehuén Editores

Impresión  
Imprenta Salesianos S.A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE





## PERSONAJES

MARTA  
REBECA  
MARCELA  
TERESA  
RITA  
IGNACIA  
MERCEDES  
TIA TATAYA  
ELVIRA

JUAN ANTONIO  
BASILIO  
ALCALDE  
FELIPE  
LORENZO  
MANUEL JESUS  
ISIDORO  
UN CHICO



EN UN PUEBLECITO. EPOCA ACTUAL  
ACTO PRIMERO

*Sala de recibo. Puertas laterales y a foro; junto a esta última, ventana a la calle. Un medio amoblado; sillas, sofá antiguo, sillones de mimbre, mesa de centro; a un rincón una cómoda con un altar de la Virgen rodeada de cirios. Tiestos con flores artificiales. Las tres de la tarde de un caluroso día de diciembre. Los postigos entornados.*

*Están en escena Teresa y Marcela. La primera lee una novela, la segunda teje, contando los puntos en voz alta, interrumpiéndose de vez en cuando para hacer una pregunta o recontar.*

MARCELA: En esta época, si estuviéramos en Santiago, estaríamos terminando los exámenes. *(Por la labor)*. Uno, dos, tres...

TERESA *(Sin dejar de leer)*: Verdad.

MARCELA: Allá la gente está preparándose para salir a veranear. ¿Te acuerdas?

TERESA *(Dejando de leer)*: Qué agitación en el centro, las gentes entrando y saliendo de las tiendas. ¡Qué animación!

MARCELA: No como en este pueblo en que se muere una de hastío. Se me figura que no estoy viviendo.

TERESA: Yo recorro como una sonámbula este viejo caserón donde tan felices vivimos antes de ir a Santiago y busco el motivo que causaba aquella alegría que sentíamos, por ver si logro renovarla.

MARCELA: Es que es imposible, Teresa.

TERESA: No hablemos de esto; cuando pienso en nuestras vidas que se enmohecen en este rincón de provincia siento miedo, me imagino que este viejo sofá, bajo el cual nos ocultábamos a comer fruta verde robada...

MARCELA: Aquellos tiempos... Uno, dos, tres, cadena...

TERESA: Este sofá que desde que yo tengo uso de razón no se ha movido de su sitio, y que sólo está descolorido...

MARCELA: ¡Calla, tonta! Uno, dos, tres, cadena; uno, dos...

TERESA: Cuando me quedo inmóvil mucho tiempo sobre él, me levanto sobresaltada; se me figura que formo parte integrante de él, que no me he de mover más, que me iré descolorando y envejeciendo en este mismo sitio, que los acontecimientos más variados se irán desarrollando ante mi vista impasible, que los muelles de mi vida como los de este mueble se irán hundiendo hasta tocar la tierra, hasta morir.

MARCELA: Dejémonos arrastrar por la vida, a algún punto hemos de arribar.

TERESA: ¿Crearás que ante esa idea muchas veces he pensado en un suicidio? Un suicidio romántico, novelesco; escribir una carta muy larga contando todo nuestro desaliento, todos nuestros sueños rotos y después en una noche de luna, cuando todo este pueblo que odiamos duerma, encaminarnos por las calles polvorientas donde arden los chonchones y donde ladran los perros: cruzar el camino real, cruzar la línea, llegar al puente, contemplar un instante la espuma que

forma el agua burbujeante entre las piedras allá en el fondo, cerrar los ojos y... nada más: dejar de ser...

MARCELA: ¡Dejar de ser!...

TERESA: Si lográramos obtener que nos fuéramos todos a Santiago...

MARCELA: ¡A Santiago! ¡Qué locura! ¡No, es imposible!

TERESA: ¿Y por qué ha de serlo? Con la fortuna que tenemos holgadamente podríamos vivir allí y aun gastar lujo.

MARCELA: ¿Y el fundo, quién lo vigila?

TERESA: Se arrienda, o Lorenzo se encargará de él.

MARCELA: ¿Tu novio? Qué pronto dispones de él.

TERESA: ¿Mi novio? ¡Valiente cataplasma va a ser mi novio!

MARCELA: Harto que te quiere, ya ves los ojitos que te pone. Además, debías de fijarte que se ha comprado una cadena de oro para el reloj y que desde ese día usa chaleco.

TERESA: ¡No seas hostigosa! En último caso, pueden vender la propiedad.

MARCELA: ¡Ja, ja, ja!... Tú estás perdiendo la chaveta. ¿Crees por un momento que mi papá va a renunciar a sus tierras?

TERESA: Las compra en Santiago.

MARCELA: ¿Y sus jugadas de brisca?

TERESA: Las juega allá.

MARCELA: ¿Y quién remplazaría allí al señor alcalde, al señor doctor, a don Zenón?

TERESA: Ya se acostumbraría.

MARCELA: ¿Y mamá? ¿Tú crees que renunciaría a su gallinero, a la fabricación de quesos, a la iglesia, al señor cura, a doña Eutalia y a la comadre Asunción? Antes se muere. Imagínate en Santiago y con corsé.

TERESA: Cállate, bárbara, si te oyera...

MARCELA: Más vale echarlo a risa.

TERESA: Bueno, déjame seguir leyendo.

MARCELA: ¡Caramba! Me equivoqué. Uno, dos, tres, cadena; uno, dos, tres... eso es.

TERESA: Qué bien escribe Loti. Qué dije debe ser. Fíjate que Djenana después de encontrarse con...

IGNACIA (*Adentro*): ¡Marcela! ¡Teresa! ¿Dónde están estas muchachas?

MARCELA: ¿Para qué nos querrá?

TERESA: ¡Ay! Verdad que me encargó que vigilara el dulce de frutillas.

MARCELA: A buena hora te vienes a acordar.

IGNACIA ¡Marcela! ¡Teresa!... (*Entrando*): ¿En qué están aquí? ¡Miren qué rositas! Y tú Teresa, ¿cuándo quieres que te confíe algo?

TERESA: Es que se me olvidó.

IGNACIA: Comértelo si que no se te olvida. Se llevan tendidas todo el día.

TERESA: ¿Y qué vamos a hacer?

MARCELA: Aburrirnos.

IGNACIA: ¿Y por qué no trabajan como yo?... ¡Ah! ¿No pueden? Ellas son señoritas, no pueden salir de la sala.

MARCELA: Es el único sitio en que se puede estar.

IGNACIA: ¡Dios las perdone! ¡Jesús María! ¡Miren a su madre cómo trabaja! ¡Miren estas manos!

TERESA: Esas manos son las que no queremos tener nosotras.

MARCELA: Usted está acostumbrada.

IGNACIA: Castígame, Señor, por vieja bruta que soy. Yo tengo la culpa. Si en vez de mandarlas a Santiago a que se educaran, las meto aquí en la escuela, otro gallo cantaría, pero una siempre con el deseo de que sean lo más posible...

TERESA: Mejor habría sido que nos hubiese dejado aquí.

MARCELA: ¡No veo con qué objeto nos ha “civilizado”! ¿Para hablar con el boticario, con don Basilio, con el hijo de don Lepe el del almacén?...

TERESA: ¿O para hablar en francés con Lorenzo?

MARCELA y TERESA: ¡Ja, ja, ja!... ¡Con Lorenzo!

IGNACIA: No encontrarás en tu vida un joven tan serio y trabajador como Lorenzo.

TERESA: Y tan bruto.

IGNACIA: ¡Paciencia, Señor, paciencia! (*Golpean en la ventana*).

MARCELA y TERESA (*Poniéndose de pie*): ¡La Elvira!

MARCELA: Entra, niña. ¿Cómo te va?

ELVIRA (*Entrando por foro*): ¿Cómo te va? Voy de pasadita.

TERESA: Pero entra un momento.

ELVIRA: ¿Cómo está, señora Ignacia?

IGNACIA: Bien, hijita, gracias. ¿Y tu marido? Pero pasa un momentito.

ELVIRA: Cinco minutitos nada más.

MARCELA: Toma asiento; cuenta cómo te va yendo.

ELVIRA: Bien.

TERESA: Te pierdes que no se sabe de ti.

ELVIRA: Los quehaceres de la casa no dejan tiempo; hoy estaba por salir desde la mañana.

IGNACIA: ¿Y los niños?

ELVIRA: A Perico no más lo he tenido con tos.

IGNACIA: ¡Vaya, por Dios! ¿Pero ya están bien?

ELVIRA: Del todo no. ¡Son tan porfiados!

IGNACIA: Molestan grandes y no lo van a hacer de chicos.

ELVIRA: Supongo que por las chiquillas no ha de decirlo.

IGNACIA: No diga, hijita; más vale callarse... (*Pausa*). Con permiso, Elvira; Usted me disculpará, estoy haciendo un dulce y...

ELVIRA: Está usted en su casa; yo también me voy pronto

IGNACIA: Por si no la veo, saludos a Javier y que se mejore el chico.

ELVIRA: Gracias (*Sale Ignacia*). ¿Que están disgustadas con misiá Ignacia?

TERESA: No, niña; son indirectas de la señora porque no me caso con quien ella quiere

ELVIRA: Cariño egoísta. Cuando se llega a cierta edad se piensa con el cerebro y se cree que la base de toda está en el dinero. (*Entra la tía Tataya. Es una viejecita pequeña y arrugada; parece un montoncito de azúcar a medio disolver. Tose de vez en cuando, habla muy poco y muy bajo; para andar se apoya en un bastón. Tiene 80 años. En el cuarto hay una silla de brazos junto a la ventana. Allí pasa las horas muertas rezando el rosario y hablando a solas*). ¿Cómo está usted, misiá Leocadia?

TATAYA: Ya me ves, hijita, esperando que Dios me lleve... No me sujetes si puedo yo sola; aquí está mi sillón.

TERESA: La tía Tataya es el niño regalón de la casa.

MARCELA: Duerme la siesta y reza el rosario por nosotras.

TATAYA: (*Instalándose en su silla*): Por mi, lo rezo. (*Se abstrae, casi inmóvil pasando su rosario*).

ELVIRA: Miren que está viejita.

TERESA: Pensar que yo puedo llegar a ser como ella. Me da terror, ella, que lo único que conoce del mundo son las cuentas de su rosario y unos amores que dice que tuvo con un mozo de la ciudad, que vino a enamorarla y la dejó embrujada, según cuenta la leyenda. Desde ese día no ha vuelto a salir de casa, no se ha movido de su silla; debe de estar esperándolo.

MARCELA: El día que al anochecer entre yo en este cuarto y no la encuentre en esa silla, tendré miedo.

ELVIRA: ¿Miedo a qué?

MARCELA: Miedo de tener un día que ocupar esa silla.

TERESA: Tú no sabes, Elvira, el desencanto de la vida que nosotras sentimos.

MARCELA: Henos aquí de la noche a la mañana, confinadas en este pueblo oscuro y silencioso, en que se embotan los sentidos y en que las pisadas parecen paladas de tierra arrojadas sobre una fosa.

TERESA: Secuestradas, hundidas para siempre en estas aguas mansas.

ELVIRA: Ustedes exageran.

MARCELA: ¡Ojalá! ¿Qué vida nos espera? ¿Casarnos? Tener que aceptar, porque no amaremos nunca, al hijo de don Iñigo que se emborracha de diario, a Manuel Jesús que apenas sabe firmarse, al hijo del boticario; en fin, tú les conoces a todos.

TERESA: Es preferible morir.

MARCELA: El gran error es habernos educado en Santiago. Tal vez sin eso nos hubiéramos conformado con esta vida de sumisión, como se han conformado nuestras madres y nuestras abuelas.

TERESA: Se me imagina que somos las desencantadas de Pierre Loti. ¿No conoces tú la novela de Loti?

ELVIRA: No. Ahora quién lee, cuidando chiquillos y sirvientes.

TERESA: Es muy linda. En ella se cuenta la vida de las jóvenes turcas que son educadas a la europea. Forman sus padres de cada una de ellas, una mujer esencialmente femenina y culta, y luego las mantienen encerradas hasta que un noble o un militarote la pide en matrimonio, sin saber siquiera, si son feas o hermosas, inteligentes o tontas; nada más que por el título y su dote; es una compra que hacen. Y allí, en ese

nuevo hogar terminan entre tinieblas sus días entregadas a un hombre a quien odian.

ELVIRA: Qué antipática costumbre la de Oriente.

MARCELA: Esas mujeres son esclavas que tienen que fingir amor, no vivirán jamás su propia vida.

ELVIRA: No se casen, chiquillas, sin estar enamoradas, que el matrimonio no vale el sacrificio, cuando no se vive al calor de un amor que fue.

TERESA: ¿Eres desgraciada en tu matrimonio?

MARCELA: ¡Pobre Elvira!

ELVIRA: ¿Desgraciada? Tal vez no.

MARCELA: Cuando te casaste todos decíamos que no querías a Javier.

ELVIRA: No, no le quería, lo sentía y lo veía inferior a mí, pero era “un partido”. Papá y mamá lo eligieron, y no fui capaz de oponerme.

TERESA: ¿Y lo aceptaste?

ELVIRA: El insistió diciendo “yo me haré querer”. No es malo.

MARCELA: ¿Lo quieres ahora?

ELVIRA: Tu pregunta es demasiado indiscreta y no sé qué responder. Nos embrutecemos, llega un momento en que no sabemos nada ni nada nos importa, no tenemos deseos ni ambiciones, no sabemos lo que nos gustaría ser y vivimos porque somos; pasa un día, un año y otro, y los que hacer nos transforman en máquina; nos olvidamos del corazón y del cerebro. No me preguntes si lo quiero, no sabría responder.

TERESA: Me quieren casar con Lorenzo, pero es tan brusco, tan toscote, tan machango, tan ignorante, tan sin sentimientos, que me da asco.

ELVIRA: No te cases, es un consejo de amiga.

TERESA: No, si ya estoy resuelta a no aceptarlo.

REBECA (*Por el foro*): ¿Se puede?

MARCELA: ¡Adelante!

REBECA: Con permiso.

TERESA: Rebeca, ¡qué milagro!

MARCELA: ¿Cómo te va, Rebeca? Siéntate y cuéntanos qué te trae por acá.

TERESA: Pero siéntate, niña. ¿Y los abuelos cómo quedaron?

REBECA: Están bien, gracias.

MARCELA: Pensando en ir a verlos estábamos.

REBECA: Ellos siempre se acuerdan de ustedes y dicen que son unas ingratas... Tía Tataya, ¿cómo está usted?

TATAYA: ¿Quién eres tú? La voz me parece reconocerla, pero... aguarda...

MARCELA: Si es la Rebeca, tía.

TERESA: La hija del finado Enrique.

TATAYA: ¿La hija del finado Enrique? ¿La Rebeca?... Pero... sí... qué tonta en no reconocerte. Acércate, pero si se parece, si es igual.

MARCELA: Eso es infalible, todos nos parecemos.

TATAYA: Y los abuelos. ¿Cómo están?

REBECA: Están bien, me encargaron la saludara.

TATAYA: Enrique... Enriquito, como le decíamos, diantre de muchacho... si es claro, es su retrato... Enrique, tan diablón que era Enrique... miren... la vida... claro... igual... es igual.

TERESA (*En voz baja a Rebeca*): Dejémosla. Acércate acá.

MARCELA: Y dínos, Rebeca, ¿y Juan Antonio? Si sabemos ya que Juan Antonio y tú...

TERESA: Si no es ningún delito...

REBECA: Pero, si es que... no es más que un amigo.

TERESA: De la amistad al amor no hay más que un paso.

REBECA: Amor...no... sí...

MARCELA: Si no te vamos a acusar a los abuelos. Cuéntanos.

TERESA: ¿Cuándo te casas?

REBECA: Si Juan Antonio es muy bueno. *(Las muchachas se ríen de la ingenuidad de Rebeca).*

MARCELA: Si nadie lo duda.

REBECA: Yo había venido, porque los abuelos me mandaron que le dijera a la tía... ¿no está la tía?... o al tío...

TERESA: Si, está la tía. *(Todas se ríen, Rebeca se confunde más).*

REBECA: Porque los abuelos me dijeron que le dijera que llegó ayer carta de Martita y del tío Moisés y...

MARCELA: ¿Y qué dice la Marta?

REBECA: Que vienen a pasar unos días con nosotros.

TERESA: ¿Viene la Marta?

MARCELA: ¿Y cuándo?

REBECA: En estos días. Y por eso me dijeron los abuelos que viniera a hablar con la tía, por si ella pudiera prestarnos un catre, porque ustedes saben que nosotras...

TERESA: Pero naturalmente.

REBECA: Porque ustedes saben que allá en Santiago... y nosotras no tenemos...

MARCELA: Pero todo lo que quieran. Voy a decirle a mamá. *(Mutis).*

ELVIRA: Es una sorpresa. ¿Cuánto tiempo que no viene?

REBECA: Que falta de aquí, va para diez años.

ELVIRA: Ya no te acordarás de tu hermana.

REBECA: Está muy cambiada, ha mandado retrato; y si vieran que bien escribe.

MARCELA *(Entrando)*: Dice mamá que todo lo que se les ofrezca, mandén por ello. Si quieren coche para ese día...

TERESA: ...no tienen más que avisar.

REBECA: Hasta luego, Teresita.

MARCELA: Pero, ¿ya te vas?

REBECA: Sí tengo que estar en casa, porque ustedes saben que los abuelos... hasta luego, Marcelita.

ELVIRA: Yo también me voy. ¡Jesús! Si son ya cerca de las seis. ¿Nos vamos juntas, Rebeca?

REBECA: Bueno.

ELVIRA: Hasta luego, chiquillas.

*Pausa.*

TERESA: Y no te pierdas.

ELVIRA: Ustedes que no tienen nada que hacer, vayan a verme y así conocen al chico.

MARCELA: Eso es; una de estas tardes iremos.

TERESA: Y a los abuelos, Rebeca, que también le iremos a hacer visita.

ELVIRA: Bueno. Adiós, vamos andando Rebeca.

TERESA: Adiós.

MARCELA: No se pierdan. *(Mutis por el foro, Elvira y Rebeca. Pausa).*

TERESA: ¡Por Dios, que está cambiada la Elvira!

MARCELA: Cómo no ha de estarlo, pues, niña, si dicen que Javier le da una vida de perros.

TERESA: ¡Pobre Elvira! Dicen que le pega cada vez que se emborracha.

MARCELA: Cobarde. A mí viniera a pegarme un marido.

TERESA: Te quedarías callada como se queda Elvira. ¡Miren la guapa!

MARCELA: Sí, cómo no. Me mandaba cambiar inmediatamente.

TERESA: ¿Y los chiquillos?

DON BASILIO: *(Afuera)*: Santas y buenas tardes.

MARCELA: Don Basilio.

TERESA: Si nos viene a buscar para que cantemos en la iglesia, le decimos que no.

MARCELA: ¡Ah! Claro. Pase adelante, don Basilio.

DON BASILIO (*Es un tipo solapado e hipócrita, tiene una sonrisilla “je, je”, de lo más antipática. Se soba las manos constantemente; cuando no, las cruza sobre el vientre*):  
Muy buenas tardes, mis señoritas.

TERESA: Buenas tardes, don Basilio; ¿y la señora?

BASILIO: Bien gracias; y la señora mamá ¿cómo está?

MARCELA: Por allá adentro haciendo un dulce.

BASILIO: Vaya, vaya. Todo sea por Dios; siempre aficionada a los dulces mi señora doña Ignacia.

TERESA: Siempre, don Basilio, siempre.

BASILIO: Y don Felipe ¿cómo está?

MARCELA: ¿Mi papá? Bien, don Basilio; en el fundo, no tarda en llegar.

BASILIO: Vaya, vaya con mi señor don Felipe; ¿con que en el fundo, ah? Je, je.

TERESA (*Bajo a Marcela*): Este no va a hablar nunca.

MARCELA: ¿Y usted, don Basilio, estará todo chocho con el nuevo armonio?

BASILIO: Así no más es, mi señorita Marcela; hacía tanta falta; el otro ya no sonaba y gracias a la generosidad de algunas familias... y eso, precisamente, me trae por acá.

TERESA: ¿Una nueva colecta?

BASILIO: No mi señorita Teresa. (*Reparando en la tía Tataya*).  
Perdone, mi señorita Leoncacia, que no la haya saludado antes; no la había visto.

MARCELA: Tía Tataya, que la saluda don Basilio. Está un poco sorda ¿sabe? (*A don Basilio*).

BASILIO: Vaya, vaya con mi señora Papaya, digo Leocadia. ¿Con que sorda?... Je, je.

TATAYA: ¿Cómo te va, Basilio? ¿Y el señor cura?

BASILIO: Bien, muchas gracias; de él iba a hablar precisamente, porque ayer, mis señoritas Teresa y Marcela, el señor cura me dijo que sería preciso una fiesta para inaugurar el nuevo armonio, y así dar gracias al Señor.

TERESA: Naturalmente.

BASILIO: Si pues, eso es. Y pienso que cantarán todas las señoritas de la sociedad, sobre todo ustedes. ¿Qué les parece a ustedes?

MARCELA: Muy buena idea.

BASILIO: Yo le dije al señor cura: señor cura, yo iré a hablar con las señoritas, ustedes, para que presten su valioso concurso. ¿Qué les parece a ustedes?

MARCELA: Nosotras tendremos mucho gusto. ¿Quiénes más van a cantar?

BASILIO: Las señoritas Pérez, las señoritas Macaya, las...

TERESA: Nosotras sentimos mucho, don Basilio, pero no podremos asistir ese día. El señor cura es muy simpático, pero...

BASILIO: Pero mi señorita Teresa, ¿y por qué?

TERESA: Usted bien sabe, don Basilio, que nosotras no podemos estar juntas con ésas.

BASILIO: Pero en la iglesia, mi señorita Teresa.

TERESA: Ni en la iglesia, ni en el cielo, ni en ninguna parte.

BASILIO: Pero ese es orgullo, mis señoritas...

MARCELA: Llámelo usted como quiera. La gente con la gente.

TERESA: Además, usted sabe que a papá no le gusta que vayamos a la iglesia. Así es que será para otra ocasión.

BASILIO: Pero ¿no habría modo de “congeniar” las cosas? Es para

Dios y Nuestra Señora. Yo las pondré a un lado a ustedes y a otro a...

MARCELA: Sólo en el caso que no fueran ellas, y como eso no sucederá...

TERESA: No queremos que nos pase lo de la última vez, que se pusieron a gritar a todo lo que les daba la boca para que no se oyera lo que nosotras cantábamos. Que griten solas.

BASILIO: Vaya, vaya, todo sea por Dios, mis señoritas.

FELIPE (*Padre de las muchachas. Un campesino. Entra por el foro acompañado de su compadre, el alcalde. Lorenzo y Jesús Manuel. Este se queda en la puerta*):

Pase por acá compadre. Entren jóvenes, por aquí deben estar las niñas.

MARCELA: Buenas tardes, papá.

FELIPE: Buenas tardes, chiquillas. ¿Y tu madre, está por ahí? Avísale que viene conmigo el compadre.

TERESA (*Yendo a la puerta*): Mamá... mamá... el señor alcalde.

IGNACIA (*Desde adentro*): Ya voy, hijita, ya voy.

ALCALDE: ¿Y cómo están ustedes señoritas? ¿Siempre buenas mozas, eh?

MARCELA: Es usted muy amable.

LORENZO: Don Felipe, Manuel Jesús no quiere entrar.

ALCALDE: Hola, don Basi, ¿cómo va? ¿Qué dice el cura, mucha limosna? ¡Ja, ja!... (*Ríe a menudo y estrepitosamente*).

FELIPE: Tomar asiento, pues. Están en su casa. Entra, Lorenzo.

LORENZO: Estoy convenciendo a Manuel Jesús que no quiere pasar.

FELIPE: Entre no más, amigo, que aquí entre todos lo vamos a desplumar.

ALCALDE: Me tinca que la brisquita de hoy va a ser pa' mí.

LORENZO: Entra, hombre, si no muerde nadie.

M. JESÚS: Si ando muy indecente.

LORENZO: Buenas tardes, Teresita.

TERESA: Buenas tardes, Lorenzo.

LORENZO: Buenas tardes, Marcelita. Este está todo achunchao.

M. JESÚS: Achunchao no. ¿Cómo están... señoritas? Ustedes disculpen si vengo en esta facha. (*Va de espuelas, manta y botas*).

MARCELA: Está muy bien así.

LORENZO: ¡No ves, hombre, achuncharse porque está ensillao! ¡Si venimos del trabajo, pues amigo!

FELIPE: Dígame, don Basi, ¿qué dice el cura de elecciones?

BASILIO: Poco sé de elecciones, mi señor don Felipe.

FELIPE: ¿Con qué no sabe, no? Dígame que en estas elecciones no se las va a llevar tan pelaítas; que la juventud radical se impone. ¿No es así, compadre?

ALCALDE: Me paraliza, compadre. Ya puede el cura ir poniendo los monos patas pá arriba, que la elección es nuestra, de la juventud radical.

BASILIO: Vaya, vaya, por Dios, mi señor alcalde. (*Los muchachos y muchachas han formado grupo aparte*).

FELIPE: Oye, Marcela, busca los naipes y los porotos y... ¿Qué tal vendría una copita de chacolo?

ALCALDE: ¿Pá que le digo na, pues compadre? (*Mutis, Marcela, derecha*).

IGNACIA (*Entrando, izquierda*): Buenas tardes, compadre, felices los ojos que lo ven. ¿Y la comadre?

ALCALDE: ¿Cómo le va, comadrita? Todos bien en la casa.

IGNACIA: Disculpe que no le dé la mano, estoy haciendo un dulce y...

ALCALDE: Está en su casa, comadre.

IGNACIA: Ya le mandaré un poquito a la comadre para que pruebe.